

“Voi lo sapete o Mamma” Caballería Rusticana.- Pietro Mascagni

Por Mrs. McCormack

Pedro Mascagni, uno de los autores italianos que ha sabido comunicar a la ópera de su país, todo el fuego de su alma de artista, fue de humilde origen; pero supo levantarse a una altura envidiable, por su talento, por su afición, y por su consagración al arte.

En su juventud hizo estudios musicales bajo la tutela de renombrados maestros de su tierra; pero cansado de ellos, se dedicó a hacer una gira artística por todo el país, como director de una compañía de ópera de segundo orden. No fue sino hasta la presentación en público de su *Cavalleria Rusticana*, ópera que recibió el primer premio en un concurso artístico, cuando el nombre de Pedro Mascagni, traspasó los linderos de la genialidad.

La Cavalleria Rusticana, obra emocionante por su trama y por la música, está llena de bellísimas romanzas para soprano, tenor y barítono. Antes de levantarse el telón, se deja oír la célebre *Siciliana*, que entona el autor y luego el coro. Al descorrerse el velo que cubre la escena, aparece ésta floreciente en un hermoso día de Pascua. Todos los campesinos se ven entrar a la iglesia, a excepción de Santuzza, la celosa enamorada de Turiddu, y Lucía, la madre del joven galán. En este preciso momento es cuando la soprano, bajo el nombre de Santuzza, entona la célebre aria *Voi lo sapete o Mamma*, que no es otra cosa, que una queja de la joven en la cual se lamenta del desdén y abandono de su enamorado Turiddu. Pero esta queja, no penetra en el alma de Lucía, que sólo se limita a oírla sin darle ninguna esperanza a Santuzza de hacer que su hijo Turiddu vuele a ella. Y es en ese instante, cuando la enamorada jo-

ven aprecia su desventura y jura vengarse del infiel Turiddu, aun cuando ella confiesa que le ama.

Una serie de escenas en las cuales juegan papel importante los celos se suceden después, hasta que se deja cón el célebre "intermezzo" que ha inmortalizado el nombre de su autor y su obra. Después continúa el desarrollo del drama, hasta que finaliza con la muerte de Turiddu, a manos de Alfio, el esposo de Lola, antigua enamorada del primero y hoy la rival de Santuzza."

Romanza.- Siebel.- Fausto.- Chas. Gounod

Por la Sta. Ana Paz Rodríguez

El que tan sólo por una vez escucha la música de la célebre ópera del genial maestro francés Carlos Gounod titulada "Fausto", basada en el drama de Goethe, no puede menos que pensar en que su autor, comunicó al arte una nota de encanto y de novedad. Y esta nota, que es poesía y que es genial, sobresale con suma habilidad y revelándonos en él a un espíritu delicado y creador.



Desde el primero hasta el último acto de *Fausto* hay grandeza, vigor y solemnidad en la música, que es además delicada y emotiva; dando la idea de que el maestro francés que la concibió, más que realista era un profundo idealista.

El primer acto de la ópera, no es más que aquel en que el demonio, en la forma elegante de Mefistófeles, pacta con Fausto, el viejo alquimista hastiado de la vida, para darle juventud eterna a cambio de su alma. El segundo acto o la

Kermesse, representa un día de feria, en el cual un animado grupo de estudiantes, soldados, ancianos, doncellas y matronas se divierten. En ese acto se desarrolla un duelo entre Valentín, el hermano de Margarita, enamorada de Fausto, que hoy aparece bajo la forma de un elegante joven, que todos conocen como el Rey de Tula, y Mefistófeles, el demonio protector de Fausto. Pero es el tercer acto, en donde se encuentra la más prodigiosa creación del genio musical de Gounod. Allí se ~~deja oír~~ ^{deja oír} la preciosa canción del Joven

Siebel *Le parlate d'amor* o el aria de las flores, en la cual él confiesa su amor a la novia de la infancia, Margarita; canción que al entonarla, deja en el ánimo de quien la escucha un exquisito deleite. Una serie de romanzas para tenor y duetos de tenor y soprano se suceden, un cuarteto, la célebre Invocación de Mefistófeles y otros números de un efecto y de atractivo sin igual, son del tercer acto, también que justamente ha sido calificado por los grandes críticos del arte musical, como el mejor de toda la ópera de Gounod. El cuarto acto se caracteriza por dos escenas preciosas: la de la Iglesia y la del duelo. El *Coro de los Soldados* y la *Serenata de Mefistófeles* son también característicos números de este acto. El quinto acto o acto final, aun cuando es corto, se puede calificar como una de las más grandiosas creaciones musicales de Gounod. Este termina con la salvación de Margarita y la de Fausto y con la fuga de Mefistófeles hacia el abismo profundo y tenebroso del infierno.

Como el objeto principal que nos proponemos es pintar el cuadro en que se desarrolla la canción de Siebel, que es la que de manera especial estamos comentando, de ninguna otra manera mejor lo podemos hacer, que transcribiendo textualmente los siguientes párrafos, en donde con maestría se pinta este momento del Tercer Acto del Fausto:

“La escena representa el jardín del Margarita, en el cual vése al joven Siebel, preparando un ramillete de flores para aquella, por la que siente profundo amor. El enamo-

rado desea que cada flor lleve un mensaje de amor a la hermosa Margarita, pero por obra malévola del demonio, cada flor que toca queda marchita. Presa de la mayor desesperación, Siebel tiene la ocurrencia de mojar los dedos en la fuente de agua bendita que hay al lado de la casa de Margarita, con lo cual logra desvanecer el encanto y contrarrestar la fuerza invisible del demonio. Después de haber atado el ramillete de flores, apresúrase a colocarlo próximo a la puerta de Margarita, y desaparece luego con el corazón henchido de dulces esperanzas.”

Discurso pronunciado por el Presidente de la Sociedad Minerva,

Sergio Pérez Angulo

Señores:

El hecho de haberme conferido nuestra Sociedad el cargo de Presidente, me proporciona el honor de venir a esta tribuna a desarrollar el primer punto del programa elaborado para esta velada que es presentar a la Sociedad Minerva, que va adelante con gran firmeza y humildad lejos de las presunciones absurdas de los que pretenden de Quijotes cuan solo son Sanchos.

No creáis, pues, que si aparecemos ahora en plena aula máxima, lo hacemos con la intención de arrancarnos aplausos y alabanzas por medio de una exhibición de arte y cultura avanzada y admirable... No. Ni menos penséis que venimos hasta aquí y que os hemos llamado en esta noche, para que nos miréis presidiendo una sociedad y luego prodiguéis frases de encomio para unos cuatro. Tampoco. No tememos sufrir el rigor de los que tergiversen el sentido de nuestra intención y nos conformamos con decir

muy alto, que solo un deber nos mueve; un deber muy imperioso cuyo cumplimiento es ineludible, pues consideramos de necesidad urgente dar a conocer algo de la verdad que hay en la vida de nuestro colegio. Creemos preciso, para bien de todos, se sepa que por este Templo tan admirado y repudiado al mismo tiempo, pasa un aire de rejuvenecimiento, de verdadera resurrección que nos lleva a un estado muy diferente al que se nos ha atribuido. Ansiamos ya, con vehemencia, con desesperación de ofendidos por las pasiones humanas ver la verdad en su Trono; y nos creemos, más que nadie, legítimamente autorizados para aclamar la justicia esquivada y tardía; para lamentar la crueldad ignominiosa de nuestros jueces, ya que somos los más conocedores de la realidad, puesto que a toda hora bebemos en esos manantiales de ideas la savia vigorosa de la ciencia y las orientaciones de una cultura sana y limpia. Estamos, pues, aquí, con el presentimiento de que no en todo habrá de agradaros nuestro programa, pero nos anima la satisfacción de que sabréis ver en sus deficiencias sólo el esfuerzo de una juventud que lucha, así nos juzgaréis con mayor benevolencia.

Tenéis presente a la Sociedad Minerva, firme y convencida de la razón de su existencia y de la seguridad de su destino, desconsolada y quejosa del ayer, pero llena de fe en el mañana. No lo dudéis. Minerva reaparece, no al influjo de una juventud atolondrada que siente la necesidad de satisfacer un afán de exhibición, sino, por el contrario, al influjo de cierta comunidad de sentimientos que abriga los espíritus de éstos futuros educadores, que han visto el fundamento de su real eficiencia en la constancia, en la práctica de principios y virtudes nobles indispensables al maestro, e inherente a quien lleve con propiedad moral el dictado de ciudadano.

Reaparece, pues, no como un entretenimiento, sino como el fruto de una campaña muy edificante y plausible, emprendida por la Rectoría de este plantel mediante la in-

terminable y multiforme prédica de las virtudes y principios fundamentales en la formación de la personalidad moral propicia a las sociedades cultas...

Y es por eso, por lo que tenemos el convencimiento de que actuamos sobre terreno arado. A ello se debe, indudablemente el que pueda ahora declarar delante de vosotros, que mis colaboradores, desde los afanados señores de la Directiva, hasta el último socio, arden en la fiebre de ver instalada sobre base firme a esta Minerva, que en sus principios fué el más alto y digno galardón del Instituto Nacional, y que tantas veces en el curso de la vida hemos visto bambolear en medio de la lucha difícil del bien, del deber y de la cultura.

Porque varias veces ha resucitado Minerva al impulso fogoso de muchas juventudes que en estas mismas aulas se han agitado y que hoy sin duda van peregrinando por la vida real y áspera desligados del ritmo impuesto del colegio. Muchas veces ha muerto también, asfixiada por el desdén de los unos, y la ambición de los otros. Ha muerto para aguardar en el silencio otro aliento de juventud que la anime. Y esta alternabilidad de su vida y muerte, toma en la historia de su existencia caracteres de traición que espantan y contristan. De modo que si por un minuto desconfiásemos de nuestro entusiasmo, del sólido motivo que le da vida ahora, habría razón de sobra para temer al sino fatídico que el destino parece haberle deparado. Y yo, por mi parte, podría creer, que escucháis mis frases de apertura, como un miserere funerario entonado a la Minerva rediviva de esta noche que inexorablemente bajará al sepulcro junto con la desilusión de una juventud.

Pero, no señores. La evolución es ley universal, y el cambio que el tiempo opera en las juventudes, si lleva una mano inteligente que lo guíe, puede brindar transformaciones satisfactorias, tanto más cargadas de promesas cuanto mayor sea el estímulo que las haya producido. Nosotros brindamos una prueba de ello. Espectadores que fuí-

mos del drama poco edificante de la Minerva que aparecía con intermitencias de fuego fatuo cada semestre, para sucumbir tristemente arrollada por el torbellino de los sueños ambiciosos de poderío y mando. Deudos que fuimos de esa fatalidad imperante que lloramos sin poder remediar entonces, venimos hoy convertidos en heraldos reorganizadores de aquella entidad cuya única razón pareció ser algún día, la necesidad muy latina de agitaciones bastardas y rivalidades improductivas.

Venimos, como decía en una tarde inolvidable nuestro Rector en conversación corriente llena siempre de valiosos consejos, a hacer ascender el grado de cultura en el termómetro que fija la eficiencia de los que aquí han aspirado al delicado cargo de educador. Y aún más, a satisfacer la necesidad de corresponder en algo al resurgimiento que la Dirección provoca en este Instituto, que ha de ser titulado nuevamente en honor a la Justicia "Nido de Aguias".

Así lo pretendemos. Y es de esperarse, pues esta juventud que me acompaña, lleva en su alma un ideal de mejora que la conforta y anima, porque el llanto de tantas desgracias nacionales ha dejado huellas de dolor en sus corazones, que sólo se borrarán al influjo del placer que queda al educador al llevar luz al alma nacional, hoy hundida entre ignorancias y malquerencias subsanables sólo mediante la prédica de los que aquí al amparo de estos altares han llenado sus espíritus de ideas.

Esperadlo así. El recuerdo de esta noche aparecerá en nuestro peregrinaje por la vida como chispa de inspiración enviada por Minerva para bien de la Patria.

El Concepto Positivo de la Libertad

Por Carlos Vicuña

Para los niños pequeños los fenómenos del mundo son arbitrarios; acaecen sin relación los unos con los otros, desligados de toda serie causal, por una exteriorización de la voluntad de los seres concretos en que se manifiestan. Esta misma es la explicación que se dan del mundo los pueblos primitivos: cada piedra que rueda, cada río que fluye, cada estrella que brilla; obedece a una voluntad propia arbitraria, individual: la piedra *quiere* rodar, el río *quiere* fluír, la estrella *quiere* brillar.

Tal es el estado concreto o ficticio de la razón humana, que inconscientemente atribuye su propia espontaneidad de reacción a todas las cosas del mundo, y en consecuencia ama o desama a los seres según que los fenómenos que ellos manifiestan sean propios o adversos a nosotros. Como el árbol da frutos porque quiere si los da y ellos satisfacen nuestro apetito, amamos al árbol y lo llamamos generoso, gentil y benigno. Por el contrario si el torrente nos cierra el paso o nos arrebatara un deudo amado, lo odiamos y maldecimos, y lo llamamos cruel, sañudo y maligno. El niño mira un amigo o un enemigo en cada cosa: acaricia al muñeco que lo divierte, besa al pan que apacigua su hambre y se irrita contra el mueble contra el cual chocó jugueteando.

Los pueblos primitivos del mismo modo atribuyen voluntad benéfica o maléfica a los seres concretos y los veneran o temen como dioses. Esta adoración de los seres concretos constituye el *fetiquismo* o religión primitiva y es una consecuencia natural de la interpretación completa de la naturaleza, que atribuye voluntad y sentimiento a todas las cosas.

Como todo estado mental efectivo, el fetiquismo no desaparece nunca por completo de la conciencia humana, y aun cuando hayamos alcanzado el más alto progreso mental, rastros, residuos o supervivencias del fetiquismo de nuestra infancia y del de nuestros antepasados primitivos, se manifiestan a menudo en la vida individual y social: conservamos reliquias y amuletos, objetos que pertenecen a seres amados, despojos inútiles de las edades desaparecidas: quién, una sortija, quién, una guedeja de cabellos, quién, una carta vieja, guarda con amor y respeto, y los pueblos más ilustres se prosternan ante reliquias patrióticas: las ruinas de Roma y Atenas, las cenizas de Napoleón, los despojos del "Victory", la espada de Prat, la torre agujereada de la catedral de Panamá la Vieja.

Progresando el desarrollo mental de los niños y de los pueblos, su espíritu constata, en la inmensa variedad de los fenómenos individuales, una cierta *uniformidad*; los fenómenos todos tienden a reproducirse o a multiplicarse de un modo análogo, con analogías cada vez más vastas y profundas, que el espíritu descubre, analiza y clasifica espontáneamente.

La simple reflexión permite atribuir los fenómenos uniformes a factores o causas comunes o análogas. Se forman así familias de fenómenos en los cuales la arbitrariedad individual de cada uno cesa, pues se ven gobernados todos por una voluntad común. Si todos los tallos de trigo de un campo dan espigas que fructifican y maduran, no es porque cada tallo quiere o no espigar, sino porque obedece a una voluntad superior, independiente de él mismo que lo gobierna a él y a todos sus hermanos.

El espíritu es llevado así a separar o a abstraer el fenómeno mismo de la causa que lo produce. El fenómeno se sigue considerando como arbitrario o contingente, pero la causa se mira ya como constante e inmutable, capaz siempre por lo menos en potencia de producir el fenómeno, y si

no lo produce siempre es porque otras causas la centralizan o se lo estorban.

Se produce así una interpretación dualística del mundo. La mente separa todo fenómeno en dos: el fenómeno mismo y su causa: el fuego del calor que produce, la electricidad del rayo que ella engendra, el sol de la luz, la materia de su peso. Según esta interpretación se cree que coexisten en cada fenómeno entidades separadas, distintas, abstractas, y a la vez reales como la actividad, el calor, la luz, al magnetismo, la humedad, la fuerza, la materia etc.

Como los fenómenos son contingentes y arbitrarios, meras consecuencias de las causas eternas, aquellos carecen de toda importancia filosófica, y en cambio las causas, las esencias o fuerzas productoras de fenómenos se atraen toda la veneración de los hombres. Estas causas se convierten en dioses propicios o adversos, y luego el hombre descubre que están también hierarquizadas, gobernadas las unas por las otras, de tal manera que las unas aparecen como contingentes mientras las otras, las más generales, siguen mostrándose inmutables y necesarias.

Esta hierarquización espontánea de las causas lleva al hombre naturalmente a investigarlas hacia atrás en un análisis atrevidísimo, buscando siempre las más inmutables y necesarias o sea el origen principio y comienzo de todas las cosas, el motor primero del Universo, esa causa sin causa y junto con ella el fin o designio, que esa causa—antropoídea—, tuvo para formar al mundo y al hombre, ya que éste no concibe seres con voluntad, análogos a él mismo, que al crear y producir no se propongan un fin. Tal es el estado secundario o intermediario de la razón humana, que llamamos metafísico: se caracteriza por separar cada fenómeno de su causa y por atribuir a ésta y a los demás seres abstractos, una existencia real, objetiva, eficaz y suficiente por sí misma.

Este estado metafísico es transitorio, una especie de crisis mental de los hombres y de los pueblos. Cuando llega

la edad de la razón madura, se convencen éstos de la inanidad de semejante modo de filosofar, renuncian a averiguar las causas primeras o finales: no disocian ya los fenómenos del mundo en efectos y causas; ven en ellos menos *hechos*, cuya producción análoga y constante tiene una explicación que es su ley. Los hechos todos del mundo real, muerto o vivo de la vida social, de la conciencia humana o del sentimiento no son caprichos arbitrarios, esporádicos, sino que, al revés, siempre se presentan en series de sucesión o de semejanza por medio de explicaciones racionales y generales, que muestran cómo los fenómenos se producen con seguridad maravillosa mientras subsisten sus condiciones esenciales. La inteligencia madura que también llamamos *positiva*, limita sabiamente su intelección del mundo objetivo o subjetivo, al conocimiento de sus leyes reales, que no son otra cosa que las relaciones constantes de semejanza o de sucesión que se manifiestan en los fenómenos, relaciones que el hombre sistematiza más y más tratando de reducir las series particulares de ellas a otras más y más generales.

Para la razón positiva un hecho está suficientemente explicado cuando podemos racionalmente hacerlo formar parte de otro más general, el cual queda explicado a su vez cuando logramos identificarlo con otro familiar que conocemos directamente. “Así decimos que los fenómenos generales del universo se explican por la ley de la gravitación, porque esta teoría nos muestra la inmensa variedad de los hechos astronómicos como un solo y mismo hecho considerado desde diversos puntos de vista. Y por otra parte este hecho general se nos representa como una simple extensión de un fenómeno que nos es familiar y que por lo tanto damos por conocido, a saber la pesantez de los cuerpos en la superficie de la tierra.” (*Auguste Comte, La Philosophie Positive*, Resumé par *Emile Rigolage*, París Ernest Flammarion, editeur t, 1 pag. 24).

Esta apreciación es válida para cualquier hecho del